

Ser docente, la mejor decisión

María Elodia Díaz Quezada*

Quien enseña, aprende dos veces

Siempre he pensado que servir al otro es lo más gratificante que un ser humano puede experimentar.

Soy María Elodia Díaz Quezada, Licenciada en Educación Primaria; actualmente desempeño la función directiva en una escuela primaria federal perteneciente al municipio de Guadalajara, Jalisco, en el turno matutino, y catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco en el turno vespertino.

Tener a personas que te inspiren es la manera más fácil para convertirte en una versión mejorada de cada una de ellas, porque al conjugarse en uno mismo, se combinan de formas inesperadas que transforman tu vida completa, tu forma de ser, tu manera de pensar y de actuar.

Este es un homenaje a todas las personas que han transitado un mi tren de vida académica y personal, porque contribuyeron a crear el ser humano en el que me he convertido, porque con su presencia en mi vida, han dejado muchos aprendizajes y experiencias que me hicieron crecer física, mental y emocionalmente; porque con su ejemplo de entrega y compromiso, contagiaron en mí las ganas y el deseo de ser un poco como cada uno de ellos.

Ocupo el lugar número ocho de mis hermanos, así que me tocó convivir con mi familia de una manera muy especial, porque al ser la más pequeña, tuve la oportunidad de aprender de todos ellos, especialmente de mis dos hermanas mayores, que estudiaban para maestras cuando yo cursaba la primaria, y me gustaba verlas preparar material didáctico para llevar a sus prácticas intensivas, o cuando tenían algún festejo en el colegio donde fueron formadas como docentes (la Normal Nueva Galicia), y se veían muy contentas con lo que ahí aprendían.

A menudo me invitaban a sus actividades extra escolares y veía que la docencia era muy bella, que tenían un ambiente de respeto y

colaboración, por lo que yo quería convertirme en maestra también, por aquella admiración y respeto que veía en mis queridas hermanas Lidia y Leticia.

Al paso de los años, esa idea se disipó un poco, pues me llamaba la atención convertirme en psicóloga, porque servir al otro estaba presente, y me ilusionaba tener mi propio consultorio, en el que, según yo, podría ayudar a muchas personas, sin embargo, la idea de ser docente no había desaparecido del todo, menos aún cuando veía a mis hermanas ya convertidas en maestras y visitarlas en sus escuelas, porque me invitaban a ayudarlas en las festividades navideñas, del Día del Niño o del cierre de ciclo, y ese contacto con los pequeños, me agradaba mucho, porque me sentía muy feliz observando sus caritas inocentes, pícaras, de alegría y sus sonrisas sinceras.

En algunas ocasiones, cuando estaba cursando la preparatoria en el Instituto Nueva Galicia, fui a cubrir el grupo de una de mis hermanas, porque tuvo la necesidad de ausentarse unos días, y yo fui a darles clases a sus alumnos de primaria, lo que provocó el despertar nuevamente ese pensamiento de querer convertirme en docente. Así que sin más, cuando cursaba el tercer semestre de la preparatoria debía tomar una decisión muy importante, que era decidirme a continuar en el bachillerato general, o tomar el rumbo hacia el bachillerato pedagógico. No fue difícil hacerlo, pues estaba segura de que la docencia era lo que más anhelaba.

Y así comenzó mi carrera docente, desde un bachillerato pedagógico en el ING (Instituto Nueva Galicia), y posteriormente pasé a mi formación inicial docente en la Escuela Normal Nueva Galicia, lugar donde viví experiencias inolvidables que marcaron el amor a la docencia, la entrega y el entusiasmo hacia la labor docente, los valores universales aplicados en la educación, la creatividad, la innovación, la responsabilidad y muchas situaciones más que se quedaron presentes en mi formación, porque ahora la docencia se ha convertido en mi estilo de vida.

Inicié mi labor docente en un colegio ubicado en Ciudad Granja, con 2º grado; posteriormente me trasladé al colegio San Rafael del parque, en donde estuve 2 ciclos escolares y en los que aprendí mucho; luego hice solicitud para trabajar en el Colegio Antonio Caso, per-

teneciente a la Universidad Autónoma de Guadalajara, y ahí duré 7 ciclos escolares, porque era a lo que tenía acceso por ser egresada de una escuela Normal particular. Hasta que me atreví a iniciar en el sector público cubriendo interinatos, y como era inexperta en este sistema, me daban los que otros no querían, por ser sólo de tres meses, así que los tomaba con la ilusión de que algún día me quedaría con la plaza (si era de prejubilación), sin saber que eso no era posible...

Hasta que por fin se promueve la adquisición de plazas a través de un examen, y al enterarme de eso (2006) me inscribo, presento el examen, y obtengo el número de prelación 58. Sólo dieron 60 lugares, así que me dieron mi plaza en un lugar a 3 horas de Guadalajara, en el municipio de Zapopan, en el rancho “Cerca Morada” (Ni cerca, ni morada), y a pesar de que mis condiciones personales no eran muy buenas en ese momento, acepté irme y vivir la experiencia de ser maestra unitaria. Al inicio fue muy difícil entender cómo dar clases a 14 alumnos que pertenecían a los 6 grados escolares, en una comunidad con costumbres y raíces muy características del lugar, y desempeñar todas las funciones (docente, maestra, intendente y demás), era un escenario muy complicado para mí que estaba acostumbrada a atender un sólo grupo y con alumnos que asistían a colegios, donde sus condiciones socioeconómicas eran altas.

Pese a las precariedades existentes, las carencias, las necesidades urgentes de mis alumnos, las condiciones geográficas de la escuela, hoy por hoy puedo asegurar que ese ciclo escolar fue el más hermoso de mi carrera como maestra frente a grupo. Los aprendizajes se multiplicaban cada día, las muestras de cariño no cesaban, la alegría de las familias se contagiaba, los proyectos escolares tenían impacto en otras comunidades.... Ser maestra unitaria provocó en mí ver a mis estudiantes desde otra mirada, pues logré entender que mi labor no quedaba en un horario de 8:00 a 12:30, y que las acciones realizadas no sólo quedaban entre esos 14 niños, ni entre esas 9 familias, porque la escuela se convirtió en un lugar donde convergían otras comunidades vecinas, nos visitaban los tíos, primos, abuelitos y compadres, entre otros, durante las festividades llevadas a cabo ahí, como la posada, el Día de las Madres y la clausura.

Ser docente ha sido la mejor decisión que tomé en la vida, porque en ella me siento plena, soy capaz de tocar el corazón de mis alumnos y verlos crecer. Esta carrera es la más hermosa que alguien puede elegir, porque te permite ser y estar con el otro, aprender de ellos y crecer juntos, porque un maestro nunca deja de aprender; cada día, cada momento es una oportunidad para seguir avanzando y retomar caminos.

Ahora, que tengo la fortuna de ser formadora de formadores me siento con un compromiso mayor de dar lo mejor de mí, porque estoy convencida de que un buen docente debe inspirar al otro a ser mejor cada día, porque somos ejemplo y porque trabajamos con seres humanos, que piensan y sienten, que te contagian de sus energías y se fortalecen lazos de amistad, no sólo se queda en el aspecto académico.

Esta combinación de trabajar en una escuela primaria y en una escuela Normal, me permite aterrizar los contenidos de ésta en una realidad cercana, cotidiana y coherente.

Por eso me hice docente, porque hubo maestras que me inspiraron, porque el contacto con los niños confirmó mi gusto por esa carrera y ahora la disfruto al máximo. Con 29 años en el nivel primaria y con 13 años en escuelas Normales, puedo sentirme orgullosa de ser la docente en la que me convertí y sigo aprendiendo.

Así, esta narrativa es un homenaje a todos aquellos maestros que tocaron mi corazón durante mi formación académica, por haber dejado una huella imborrable en mi vida, y a todos aquellos alumnos que tuve la fortuna de ser su maestra, tanto en la primaria, como a mis queridos colegas que, en su momento fueron mis alumnos normalistas en su formación inicial. Gracias a todos y cada uno de ellos.

*Doctora en Educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. maria.diazq@bycenj.edu.mx